



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

VIERNES 1.º DE AGOSTO DE 1873.

NÚM. 130.

### LA LUZ.

Sigue agitándose en nuestra hermosa España la cuestión de orden público que vivamente preocupa á la nación entera. Las depredaciones, los incendios, los asesinatos, son sin cuento; parece que los combatientes de todos los partidos se han olvidado de que hay por lo ménos, ya que algunos no crean en otra cosa superior, una ley moral grabada en la conciencia que protesta contra todos estos crímenes. Los partidarios del absolutismo queman, roban y matan en nombre del Dios del cielo; los partidarios de la más amplia libertad, hacen lo mismo en nombre de la fraternidad universal. Todas las ideas se parecen cuando llega para ellas un momento determinado, el de la fuerza.

¡Y qué triste es esto! El año de 1868 se cerró con una tremenda catástrofe para la dinastía borbónica. Todos los vicios que encerraba aquella política de raza, huyeron con la que la representaba. El cuadro quedaba en blanco; podía escribirse en él lo que más conveniente nos fuera. ¿Qué escribimos? ¿Nos apresuramos á cerrar para siempre la era de nuestras divisiones? ¿Nos apresuramos á destruir todo lo que pudiera ser causa de discordias intestinas, de odios nacionales? ¿Nos decidimos á tener ménos egoísmo, á sacrificar nuestros intereses personales, á abdicar los vicios que tuviéramos en aras del bien general? ¡Ah! No, desgraciadamente no. Seguimos siendo lo que éramos, amando lo que amábamos, explotando lo que explotábamos. No nos decidimos á hacer una revolución interior, nos contentamos con pulimentar la superficie, con dorarla y barnizarla. Pero debajo quedó, más que ménos, el mismo barro que antes. Así es que cuando la superficie ha vuelto á despulimentarse por efecto del trascurso de tiempo, se ha visto que el antiguo cieno existía debajo.

¿De qué han servido cerca de cinco años de constantes predicaciones religiosas? ¿De qué ha servido el anuncio de la Buena Nueva por todos los rincones de España? ¿Estos esfuerzos de algunas buenas almas han sido infructuosamente perdidos? Harto sabemos que cinco años son ménos que un minuto para la vida de los pueblos; harto sabemos que los vicios y las malas costumbres de las naciones no cambian en un día, sino que es preciso insistir y ma-

chacar y volver á insistir para que se haga una sola cosa de las mil que se predicán. Así es la naturaleza humana; vé el bien, le comprende, está segura de que alcanzará, no solo grandes bienes morales, sino materiales, siguiéndole, y sin embargo, le abandona y se deja arrastrar por la corrientete de sus caprichos, de sus extravagancias, y muchas veces hasta de sus crímenes. Luego viene el castigo, es cierto, y como Israel cuando caía en la servidumbre por efecto de sus trasgresiones contra Dios, los pueblos pasan en la esclavitud cuatro, seis, ocho ó diez años, purgando entre el arrastrar de las cadenas y el látigo del amo, las faltas que cometieron en sus días de libertad.

Pero hora es de que esto acabe. Cuando se nos da un bien, se nos da para algo, y justo es que lo aprovechemos y no le tiremos como un trasto inútil por la ventana. Se nos ha dado la libertad, entre otras cosas, para que podamos ir á Cristo; para que no hallemos obstáculos en el camino que nos ha de llevar hasta Él; y no para que nos entretengamos en abusar de ella y en deshonrarla avivando nuestras querellas, estremando nuestros odios y echando combustibles á la gran hoguera que arde en nuestra patria, en vez de separar de aquella los que podamos. ¿Comprenderemos esto alguna vez? Debemos apresurarnos á comprenderlo, porque quizá cuando queramos hacerlo ya no será tiempo.

Una esperanza queda á este país, la de su regeneración por medio de Jesucristo. Si abandona este último medio, puede considerarse perdido, y perdido sin recurso. No tendrá siempre más que días de sangre; se predicará la concordia, y no habrá más que guerra; se predicará el amor, y se ejecutarán todas las violencias posibles. Por otra parte, siempre tendremos en frente de nosotros esas hordas fanáticas y salvajes, guiadas por euras sedientos de sangre, que nos amenazarán con todas las horcas y todas las impurificaciones del año 23, si vencen. Nuestra fuerza es Dios; nuestra salvación es Jesucristo; y es la fuerza y la salvación de España al mismo tiempo. Que lo entiendan así todos los que tienen interés en que las actuales instituciones no desaparezcan, y España se habrá salvado de la crisis que atraviesa.

### IRÉ Á BUSCAR LA PAZ Á OTRO QUE CRISTO?

Si pensásemos un momento en la situación en que nos encontramos cuando nuestra alma está llena de pecado, nos asustaríamos en verdad. Si tuviéramos en cuenta á todas horas las enormes rebeldías contra Dios, lo enorme de nuestros crímenes que nos hacen dignos del infierno, la ansiedad de nuestro espíritu sería grande por todo extremo. Considerando, pues, el estado de enemistad con Dios en que nos hallamos á cada momento, si hay dentro de nosotros algún deseo de reconciliarnos con el Eterno, debemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Qué debo hacer yo para salir del estado de perdición en que me encuentro? ¿Qué debo yo hacer para ser salvo? ¿A dónde he de ir á buscar la paz de que mi alma no disfruta en estos instantes?

Si queremos salvarnos, nosotros por nuestra parte no tenemos que hacer nada. El que murió en la cruz lo hizo todo por nosotros. El desde lo alto del madero infame pronunció para la humanidad entera aquellas sublimes palabras: «Consumado es.» Jesús ha hecho todo lo que el Dios de lo alto ha creído necesario que hiciese para salvar á los pobres pecadores que han vivido y que viven hoy en la tierra. En la Palabra de Dios está escrito: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.» Todo lo que sintamos, pensemos ó realicemos, podrá ser útil y necesario si se quiere, bajo el punto de vista humano, pero nos es enteramente inútil para la obra de nuestra salvación. Cristo es la piedra fundamental de todo edificio religioso; toda obra sin él es cuando ménos estéril. De suerte que si queremos realmente nuestra salvación, la primera verdad fundamental que debemos aceptar es que aquella es la obra de Cristo, en la cual nada hemos puesto nosotros. Fiarnos en nuestras oraciones, en nuestras lágrimas, en nuestros suspiros, en nuestros rezos, en nuestras prácticas religiosas, sería insigne locura propia solo del que desconoce las verdades más esenciales del cristianismo evangélico. Lo peculiar de este es que Jesús ha de ser para nosotros todo absolutamente; la vida y la muerte, la alegría y el dolor, el principio y el fin, el alfa y el ómega, como dice el apóstol. Es inútil, y sobre inútil erróneo, creer que Cristo nos aceptará mejor si nos presentamos á Él con un inmenso fardo de obras propias. La misma convicción del pecado de nada sirve si se esteriliza en nuestro corazón y no nos lleva á Cristo. Podremos convencernos de nuestro pecado; se levantarán en nuestro corazón todas las tempestades y todas las inquietudes que esta convicción hará surgir; nos despertaremos del sueño y tendremos conciencia del peligro en que nos encontramos, pero todo esto no ser-



virá para salvarnos; la convicción del pecado por sí misma no nos salva; nos indica que corremos grande riesgo de perdernos y que debemos ir por lo tanto á buscar un Salvador que nos saque de la situación en que nos hallamos. Esta equivocación es propia de muchos. Cuando se han convencido de cuánto han ofendido y ofenden diariamente á Dios, se suelen decir: «Ahora estoy bien; me he convencido de mis ofensas contra Dios; me he doído de ellas y estoy salvo.» ¿Estais salvos? ¿Cuál es la mano poderosa que os ha salvado? Vais por un camino; camináis confiados y tranquilos creyendo que ningún riesgo os amenaza, cuando de pronto veis salir de entre los jarales del camino una turba de forajidos que se dirigen directamente hacia vosotros. Vuestro terror es grande; vuestra ansiedad profunda. Teneis la profunda convicción, la profunda seguridad de que aquellos bandidos van á robaros, van á mataros quizás. ¿Esta convicción por sí sola bastará para que no os roben y para que no os maten? No seguramente. Si quereis evitaros estas desgracias, tendreis que gritar, que pedir auxilio, que llamar á alguien para que os preste socorro. Lo propio sucede al cristiano. ¿De qué le sirve tener la seguridad de su pecado si no invoca á alguien para que le saque de él? ¿De qué le sirve tener la convicción de que está condenado, si no se dirige á uno lo bastante poderoso para que pueda libertarle de aquella condenación que le amenaza? ¿Y ese uno quién puede ser sino el cordero de Dios que quita los pecados del mundo? Una de las armas de Satanás para detener al pecador en el buen camino, suele ser esta; la de hacerle que se contente con tener profunda convicción de su pecado y que no siga adelante en la obra de buscar al verdadero Salvador que le limpie de ellos.

No hay nada absolutamente que pueda darnos la salvación sino Jesucristo. «El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz.» (1.<sup>a</sup> Pedro II, 24). El rescate por los pecados, el sacrificio único entre todos los sacrificios fué el consumado en la cruz; solo podemos gozar de paz completa por un solo medio, por Jesucristo Nuestro Señor. No nos cansemos en vano; no trabajemos en balde; sepamos de una vez para siempre que sólo bañándonos en la sangre expiatoria de la cruz, es como podemos presentarnos delante de Dios con el vestido blanco, no de nuestra justicia, sino de la de Cristo. Mucha debió ser la obediencia y los sufrimientos del Mesías al morir en la cruz cargado con las culpas de todos los pecadores; nuestra obediencia debe ser análoga á la del Hijo de Dios, y á Él debemos ir para poder llegar al Padre; su santidad debemos imitar para poder ser santos como Él lo fué. ¡Abra Dios nuestros corazones, despierte nuestras inteligencias y vivifique nuestras almas por medio de su Santo Espíritu, para que podamos comprender que el único camino para entrar en las celestes mansiones, es Cristo y solo Cristo!

## LA IGLESIA YERRA.

Es proposición católico-romana, estando reunida la Iglesia para decidir sobre materias de fé, que no puede errar. Este era el antiguo principio, pero hoy hay otro nuevo todavía más absurdo y erróneo, el de que el Papa sólo puede decidir sobre materias de fé sin equivocarse, porque es infalible.

Si los católicos entienden por Iglesia la Iglesia de los elegidos, que el apóstol llama la Iglesia de los primeros nacidos que están escritos en los cielos, es un absurdo preguntar si esta Iglesia puede errar, pues que ella no se reunirá jamás para decidir sobre materias de fé. Si por la palabra Iglesia entienden la Iglesia universal visible, esta tendría que componerse de todos los que hacen profesión de cristianismo; y como quiera que unos siguen el rito griego, otros el romano, otros el sirio y el africano otros, resultaría que tampoco podrían reunirse porque no habria nadie que pudiera re-

unir y presidir comuniones tan diferentes, y aun cuando se reunieran podrian estas ponerse de acuerdo sobre un punto cualquiera de doctrina. Y por último, si por Iglesia entienden los católicos una Iglesia particular cualquiera, como la romana por ejemplo, ellos mismos confiesan que ha errado como erró la Iglesia de Jerusalem fundada por Jesucristo, y la de Antioquia fundada por San Pedro. ¿La Iglesia de Israel no erró muchas veces? ¿No fué idólatra en Egipto? ¿El pueblo en el desierto no adoró al becerro de oro al cual Aaron mandó levantar un altar? ¿No se cuenta en el libro II de las Crónicas que «muchos días se pasaron en Israel sin el verdadero Dios, sin sacrificador y sin ley? ¿Jeremías no reprocha á la Iglesia de Judá que hubiese tantos dioses como ciudades? Si pues la Iglesia que en aquellos tiempos era la única en el mundo cayó en el error, ¿no es creíble que cuando está dividida en muchas Iglesias contrarias yerre también?

Las Iglesias griega y romana reunidas en el segundo Concilio de Nicea determinaron, bajo pena de anatema, que las imágenes debían ser adoradas porque valían tanto como el Evangelio. ¿Se atrevería nadie que conozca medianamente la Palabra de Dios á sostener esto? La Iglesia romana determinó en un Concilio reunido en los tiempos de Gregorio VII que no habia otro nombre más grande bajo el cielo que el del Papa, que todos los reyes debían prosternarse ante él y besarle los pies, y que en fin, los libros santos no pueden ser canónicos sin su autoridad. ¿Se atrevería en nuestros tiempos á afirmar nadie que esto no era un error? ¿Y qué hemos de decir de aquel axioma sentado en el Concilio de Letran bajo Inocencio III por el que se establecía que el Papa tenia el poder de desposeer de sus territorios á los príncipes excomulgados y levantar á los vasallos el juramento de fidelidad prestado á sus señores? ¿Este principio es erróneo ó no?

En el Concilio de Constanza se declaró que á los herejes no debía guardárseles la fé jurada, y que sostener que el pueblo comulgase bajo las dos especies de pan y de vino como se habia hecho en los tiempos de la Iglesia primitiva, era una herejía digna de ser castigada por el brazo secular. En el Concilio de Florencia se determinó que el Papa pudiese añadir lo que quisiese al símbolo de los apóstoles. Estos son errores ó no?

Lo cierto es, que eso de no equivocarse nunca y de no errar jamás solo pertenece á Dios. Los apóstoles jamás se alabaron de semejante cosa. Alégase que Jesucristo ha dicho que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia; ¿pero acaso al decir esto ha querido decir que la Iglesia no ha de equivocarse nunca? Y de todos modos, ¿habla con esas palabras de una Iglesia particular cualquiera ni de la romana, ni aun de la Iglesia universal visible, la cual aunque el poder del diablo no la puede enteramente abolir, puede viciarla en muchas ocasiones, corrompiendo á muchos por los vicios, seduciendo á los otros por herejías y aniquilando á muchas Iglesias particulares por medio de la persecución? En el Apocalipsis está escrito: «La bestia hará la guerra á los santos y los vencerá.»

En apoyo de su aserto los católicos romanos citan este versículo del tercer capítulo de la segunda epístola á Timoteo, en que la Iglesia es llamada «la casa de Dios, columna y apoyo de la verdad.» Estas palabras tienen otro sentido que el que les dá el catolicismo. Quieren decir que la Iglesia debe ser el mejor sosten y apoyo de la verdad y no que no pueda errar. Creer que las verdades divinas descansan en la autoridad de los hombres, es hacer la autoridad de estos más poderosa que la verdad de Dios: el apóstol, escribiendo á los Efesios nos dice que «estamos edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas.» Esto quiere decir que debemos apoyarnos no en aquellos hombres mortales, sino en las ideas que sostuvieron. Un Santo Padre lo ha dicho; «la verdad es la columna y el apoyo de la Iglesia.» Ireneo añade: «ellos nos

han dejado el Evangelio en las Escrituras para ser columna y apoyo de nuestra fé.»

## LA VERDADERA ALEGRÍA.

¿Cuál es la fuente de la verdadera alegría? ¿Lo son los honores, el fausto, los placeres y las disipaciones? Poco conoce la naturaleza humana el que esto afirma. Las cosas transitorias y perecederas no pueden afectar de una manera grave y profunda al alma, que por su naturaleza es inmortal. Lo que sí sucede cuando el alma se deja seducir por los halagos de la materia, es que se embriaga y se aletarga. Este letargo y esta embriaguez se toman por regocijo, por júbilo, por distracción. El alma en este caso es más cómplice en cuanto permite á los sentidos encenagarse en toda clase de lodos.

La fuente verdadera de toda alegría honesta, y de todo placer tranquilo, es Jesucristo. ¿Queremos gozar de la hermosura de la naturaleza entera? Podemos hacerlo; Dios la ha hecho para nosotros. ¿Queremos gozar de los placeres domésticos? Dios los ha creado para nosotros y ha dado al hombre una compañera para su consuelo é hijos para su alegría. ¿Queremos gozar de la lectura de los grandes géneos que han llenado el mundo con sus obras? Podemos hacerlo siempre queelijamos bien y no nos entreguemos á lecturas ya que no nocivas, inútiles por lo ménos.

Si se obra con arreglo á Cristo, en todas las cosas, aun en las más sencillas, se encuentra alegría y paz. Y es que estas no están en los objetos exteriores que nos rodean, sino en nuestro mismo corazón y lo barnizamos todo con ellas. Frecuentemente se nos habla de la tranquilidad de que disfruta el cristiano que todo lo hace en nombre de Jesús; pero esta tranquilidad es mayor aún de lo que se nos pinta. Abraza todos los actos, todos los sentimientos, todos los movimientos de la vida del cristiano. Este, todo lo que piensa y ejecuta, lo piensa y ejecuta con diligencia, con actividad y con infantil gozo. Todo eso lo hace en nombre de Dios y va santificado con su recuerdo. A veces habrá paréntesis en medio de esta alegría; pero será de poca duración. La caída en el pecado durará poco; y otra vez reconciliados con Dios por medio de Jesucristo, nuestro gozo, si cabe, será más intenso que antes. El secreto de esta alegría, es la unión íntima con nuestro Salvador Jesucristo. No lo olvidemos y gozaremos de ella.

## LOS JUDIOS.

V.

El arzobispo comprendió sus deberes, cosa rara en aquellos tiempos en que el fanatismo era el consejero único, y ordenó al arcediano Martínez que no predicara, confesara, ni ejerciera función alguna del sacerdocio. El arcediano se enojó con semejante prohibición, encaminóse á la plaza pública, arengó al pueblo excitándole á la destrucción de los judíos y las turbas se precipitaron sobre los barrios de estos. Afortunadamente para aquellos el conde de Niebla y Alvar Perez de Guzman, alguacil mayor de Sevilla llegaron á tiempo, hicieron arrestar algunos sediciosos y los mandaron azotar en la plaza. Visto esto por el pueblo, precipitose sobre los soldados del conde y después de un combate sangriento, arrebatóles los presos. Corrieron después algunos días con aparente tranquilidad; pero una mañana sin aparente motivo, la judería fué invadida. Los judíos se resistieron por algun tiempo; pero eran demasiados débiles para resistir el asolador torrente que sobre ellos se precipitaba. Grande fué la carnicería. Cuando llegaron los soldados



de la ciudad, la judería no era más que un vasto cementerio; las riquezas amontonadas en ella por tantas generaciones de hombres honrados y laboriosos, eran presa de bandidos y rufianes perdidos y desalmados. De las tres sinagogas que había en la judería dos les fueron quitadas y sólo se les reservó una.

Puede asegurarse que por este tiempo una conjuración general se tramó en España contra los pobres israelitas. Así como el 6 de Junio fué saqueada la judería de Sevilla, el 5 de Agosto del mismo año lo fueron también las de Burgos, Valencia, Córdoba, Toledo y las de las Islas Baleares.

Un cronista de aquel tiempo refiere de esta manera aquellos bárbaros hechos:

«El pueblo estaba tan sublevado é indócil, la codicia tan desenfrenada, tan escuchada la voz del predicador, que pudieron en buena conciencia robar y matar... y sin respeto ni temor á los jueces ni á los ministros, saqueaban, robaban y mataban que causaba espanto. Cada una de estas ciudades fué aquel día una Troya. Los gritos, lamentos y gemidos de los que sin motivos se veían arruinados y degollados, al mismo tiempo que desolaban á los que no tomaban parte, excitaban todavía más la crueldad de los perversos. Sólo tenían clemencia y conservaban la vida y los bienes á los que querían ser cristianos y pedían á gritos el bautismo. Juicio inicuo so color de religion, funesto error, causa de mil errores, porque muchos judíos, viendo que los perdonaban á condicion de dejarse bautizar, pedían hipócritamente el bautismo conservando siempre la voluntad de quedar en su secta; de este modo, cristianos en apariencia, judaizaban cada día; por último, por mucho cuidado que los jueces pusieran en vigilar y castigar, de nada servía.»

En Aragon sucedió lo propio.

En Cataluña lo mismo, y una de las ciudades de esta que más padecieron fué Barcelona. Con motivo de una gran fiesta religiosa, á la que asistieron no sólo los habitantes de la ciudad, sino los de las inmediaciones también, los frailes dominicos predicaron violentos sermones; el resultado de los cuales fué que el populacho fanatizado saliese de las iglesias é invadiese la judería. Se cometieron los crímenes que en estos casos solían cometerse; hubo degüello de centenares de inocentes, niños asesinados, mujeres atropelladas. Las autoridades de la población, más ilustradas que el feroz populacho, quisieron castigar tanto desmán; y al efecto hicieron prender á los que habían tomado parte más principal en el motín. Lejos de calmarse el pueblo con esta medida, hubo entre él y las milicias del país, larga lucha durante muchos días. El fin de esta contienda fué el que solía ser siempre para los judíos, quedaron más pobres, más mermados y más arruinados que nunca. Los que no quisieron dejarse bautizar fueron degollados, los otros recibían el agua del bautismo entre una lluvia de sangre, y entre torrentes de imprecaciones y de dictérios. Esto no era en aquellos tiempos una obra expiatoria y meritoria á los ojos de Dios. ¡Monstruosa barbarie la de aquellos tiempos! El Rey D. Juan I castigó severamente á los más culpables y ahorcó á veinte y seis, pero como una expiación de esto, porque el que en aquellos días el que atacaba á los judíos era sagrado y poco menos que santo, decidió incautarse de los bienes de los judíos asesinados, y repartió entre sus criados y cortesanos la mayor parte de las casas de la judería. ¡Brava indemnización hecha á los israelitas!

La consecuencia de estos atentados eran la ruina y la despoblación del país. Los tejedores de Sevilla y de Toledo tuvieron que suspender sus trabajos. En Navarra los judíos sufrieron también las mismas persecuciones. Un fraile llamado Pedro Olligoyen, empezó á predicar contra los israelitas y el pueblo hizo lo que en todas partes, entregarse al exterminio de ellos. Un historiador refiere, que solo en el año 1329, fueron asesinados diez mil judíos. Consecuencia de estas matanzas y de estas depredaciones, las rentas públicas bajaron considerablemente y el Rey se vió obligado imponer á los

pecheros una multa de diez mil libras. Los pecheros, pues, pagaban en definitiva los destrozos que habían causado á los judíos. ¡Tan cierto es que las violencias se vuelven en definitiva contra los que las cometen! Las juderías de Pamplona, Estella y Tudela, las más pobladas de toda Navarra, pagaron solo en 1375, doscientos sesenta florines la primera, ciento veinte la segunda, y quinientos veinte y cinco la tercera. Habiendo muerto muchos judíos, los contribuyentes quedaron reducidos á la mitad; su carga, por consiguiente, se hizo doble. Las rentas reales sufrieron considerable reducción; fué preciso eximir á los judíos, no sólo de las contribuciones ordinarias, sino del encabezamiento.

Para evitar nuevas persecuciones, los israelitas acudieron á los grandes solicitando su apoyo y ofreciéndoles en cambio nuevos tributos. En el reinado de D. Juan I, sabedores los judíos del excelente corazón de la reina D.<sup>a</sup> Leonor, acudieron á ella en demanda de protección; pero el fanatismo pudo en ella más que los buenos sentimientos, y á sus palabras de protección y auxilio contestó ella esta terrible frase: «Que no me pidan ningún servicio, porque me maldecirán en secreto.»

## LA NADA DE LA VIDA.

Y dijo prosiguiendo: El hombre es nada,  
Muy hijo de mujer, muy corto en vida,  
Muy lleno de miseria amontonada...

Es flor que apenas nace y ya es cogida,  
Es sombra que camina, y se apresura,  
En ninguna manera detenida.

¿Y pones en él mientes de tu altura  
Y tienes por no indigno de tu alteza  
Trabar pendencia con tan baja hechura?

¿Quién de cieno jamás sacó limpieza?  
¿Quién puro y reluciente de enconado?  
Ninguno á quien firmó naturaleza.

Pues si el vivir del hombre es limitado,  
Si término sus días tienen cierto  
Con fuero por ninguno traspasado,

No apesgues más, sobre que cedo es muerto,  
Afloja que él se acaba, y deseoso  
Anhela el fin cual nave anhela el puerto.

El árbol es cortado, es poderoso  
A renovarse en ramas y en verdura,  
Más firme que primero y más hermoso.

Y si plantado acaso en tierra dura  
Se seca su raíz y se envejece,  
Si el tronco muere falto de frescura,

En regándole, al punto reverdece  
Al olor de la vena derivada;  
Cual fértil planta en tallo y hojas crece.

Mas del varón la vida si es cortada,  
Cortada quedará; si muere, muere,  
Ni vuelve, ni de sí deja pisada.

Y corriendo así el hombre á cierta muerte  
En eso poco que en la vida espira,  
En la carne padece dolor fuerte,

En el alma amargor, tristeza é ira.

F. LUIS DE LEÓN.

## JUAN HANS.

La Reforma fué aristocrática en sus orígenes; sin embargo, ilustres plebeyos se unieron á ella y en cada una de las distintas manifestaciones de la humana actividad, la prestaron su ayuda y su concurso. Uno de estos plebeyos fué Juan Hans. Era hijo de un sastre de Nuremberg, llamado Hans Sachs y había nacido el 5 de Noviembre de 1494. El joven Hans hizo algunos estudios, pero una grave enfermedad le impidió proseguirlos y se hizo zapatero. Pero él tenía otras inclinaciones; así es que los ratos que le dejaban libre su oficio los de-

dicaba á penetrar en otro mundo superior, en el mundo del espíritu. En los castillos de los caballeros se iba extinguiendo al parecer el génio de la antigua música, y por efecto del cambio de los tiempos, por una especie de democratización de las artes, la música parecía haberse refugiado entre las gentes del estado llano de las grandes ciudades de Alemania. En Nuremberg mismo se había abierto en su iglesia una escuela de canto; allí iba todos los días el joven Hans á unir su voz á las de los que allí se reunían; allí se abrió su corazón á las primeras emociones religiosas y allí empezó á encontrar secreto placer en los encantos de la poesía y de la música.

Los días pasaron y el joven se sentía cada vez más fatigado y hastiado de los trabajos de su oficio. Gustábale leer; había leído algo y no quería morir sin haber salido de entre las paredes de Nuremberg. Imaginábase el mundo lleno por todas partes de singulares encantos y misterios. Sus mismos amigos le habían ponderado los prodigios de estas ó las otras ciudades que él no había visto y sentía vivísimos deseos de visitarlas. Decidióse, pues, á dejar á Nuremberg, y en efecto, en 1511 abandonó la ciudad y se encaminó hacia el Sur. De allí á pocos días encontré en el camino grupos de alegres estudiantes. Estuvo algunos días con ellos y quisieron llevársele consigo. La vida estudiantil ha sido siempre en Alemania alegre y tempestuosa, pero en aquellos tiempos lo era mucho más. Las aventuras, los galanteos, los placeres se presentaban al joven en perspectiva; el mundo le brindaba todos sus encantos. Larga lucha hubo en el corazón de Hans; de una parte Dios, de otra el mundo, de una las alegrías, de otra los deberes. Al fin vencieron sus santas resoluciones, y temeroso de lo que le pudiera ocurrir, porque al fin y al cabo la naturaleza humana es flaca y los mejores propósitos no suelen durar un día, decidió retirarse á la pequeña ciudad de Wuels, en Austria; en ella vivió algún tiempo entregado en cuerpo y alma á las dulzuras de las artes. Aconteció un día que el Emperador Maximiliano pasó por aquella ciudad; era la corte de Maximiliano una de las más brillantes de aquel tiempo; Hans se dejó seducir por el fausto de ella y logró ser nombrado montero del Emperador. Bien pronto se vió envuelto en los mil peligros que su nueva posición le presentaba á cada momento. Siempre entre fiestas, siempre entre placeres, las tentaciones eran muchas y las ocasiones de caer más. Comprendiendo él esto, decidió dejar su empleo. Efectuólo así, partió para Schwatz, y después fué á Munich, donde se instaló. En esta ciudad fué donde á los veinte años compuso y cantó, con voz que le atrajo muchos aplausos, su primer himno en alabanza á Dios.

Cansado de viajar y de ver por todas partes los terribles abusos en que yacía sumida la religion de Jesucristo, se tornó á Nuremberg. Allí se casó y tuvo nueve hijos. En esto estalló la Reforma; la tempestad que había estado condensándose por tanto tiempo, vomitó sus relámpagos y sus rayos sobre el mundo de la conciencia. Si antes el joven Hans buscó solo en la escritura imágenes, metáforas y figuras para sus versos, desde aquel día solo trató de encontrar entre sus páginas la luz pura de la verdad. Se dedicó con afán á estudiarla, á examinarla, á penetrar su sentido íntimo. Consagró á ella todos los vuelos de su imaginación, que eran muchos. Desde aquel día puede decirse que consagró su lira por completo al Señor. Un historiador dice de él: «De un humilde taller situado delante de una de las puertas de la ciudad imperial de Nuremberg, salieron acentos que resonaron en la Alemania entera, que prepararon los espíritus á una nueva era, y que entusiasmaron al pueblo por la gran revolución que ellos iniciaban.» Publicó una colección de cánticos espirituales y puso en verso la Biblia. El mismo historiador antes citado, añade: «Sería quizás difícil decir quién ha hecho más por la Reforma, si el príncipe elector de Sajonia, administrador del imperio, ó el zapatero de Nuremberg.»



Juan Hans perteneció al grupo de hombres que fueron los verdaderos predecesores de Lutero. El talento de Erasmo, el valor de Sickingen, la sabiduría de Federico y las cualidades de otros grandes hombres que vivían entonces, fueron las primeras piedras lanzadas contra el coloso de Roma: á poco debía venir la mole que le aplastara por completo, *Lutero*.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO,  
con textos del Nuevo Testamento,  
según la traducción del Padre Felipe Scio.

(Continuación).

PRIMER APÉNDICE.—LA CONFESION AURICULAR.

Tal como suele usarse la confesion auricular en la Iglesia romana, no es en verdad *ninguna confesion* de los pecados. En la palabra *confesion* está ya el carácter de la *publicidad*, como dice el Señor: «¡Quién me confiesa ante los hombres!» aludiendo á una confesion libre y pública. La confesion auricular como se usa, al oído del sacerdote, no es tal confesion. Porque 1.º El sacerdote no debe hacer público absolutamente nada de lo confesado. 2.º El confesante mismo es muchas veces desconocido para el sacerdote. 3.º Suele el que confiesa muy á menudo encubrir bajo una expresion general, *v. g.* «estos y todos mis otros pecados», los mayores que haya cometido aunque sea esto contrario á la demanda eclesiástica. Sin embargo se hace, y nos ocupamos de la práctica, no de la doctrina oficial. La confesion pública pide el Señor, porque el hombre, verdaderamente arrepentido, no debe ni quiere ser ó aparecer mejor ante los hombres de lo que es. Si él es sincero y ama la verdad,—y la verdad sola puede librarle—entonces él no quiere por otros ser considerado como lo que no es. ¿De dónde viene, que los asesinos clandestinos no pueden retener la confesion, si un rayo del arrepentimiento empieza á esclarescer y á ablandar su corazón? Si quieren perdon, ninguna confesion secreta puede aliviar sus remordimientos—su propia conciencia se lo testifica—tienen que ir ante el juez y pedir la pena merecida como expiacion de la justicia ofendida. Pero en el camino de la Iglesia romana, el perdon es obtenido casi por astucia secretamente, sin haber necesidad de exponerse en alguna manera. Claro es que ante Dios esto no aprovecha nada; Él quiere la verdad real, sin ninguna apariencia ni ninguna hipocresía. ¡Y cuán ciegos son estos hombres! ¿Green ellos, en verdad, que Dios debe de ratificar el pacto que han hecho con el sacerdote contra el mandato de Dios y con corazón perverso? ¡Qué desengaño terrible será el del día del juicio al ver que Dios juzga por nada todas las obras hechas ante el sacerdote! Un embajador está obligado á seguir las instrucciones que su gobierno le dá y así el sacerdote á seguir la palabra de Dios que es su instruccion. No puede hacer lo que le dá la gana; y no es valedero todo lo que hace. ¡Cuánto más cuidado debían tener los hombres en un asunto tan importante como el de la eterna salvacion de su alma y mirar también atentamente la instruccion para que no tengan que escuchar más allá de la tumba la palabra condenadora del Señor!

San Mateo, II, 21, 23. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces yo les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad.

Un verdadero arrepentimiento, confesion y conversion solamente existe en conexion con una verdadera mudanza del corazón y un real mejoramiento de la vida; sin eso no es más que engaño y ficcion. Estas cosas no pueden ser acabadas con formas

exteriores, como un acto en el tribunal civil; porque el Señor pide vida y verdad.

Muy á menudo la confesion sólo se refiere á la omision de los mandatos eclesiásticos, es decir, á cosas muy externas, que en verdad muchas veces no son aun pecado. Y esto será la razon y causa verdadera, porque esta confesion se hace á menudo superficialmente ó como un negocio.

SEGUNDO APÉNDICE.—LA EXTREMA-UNCION.

De los otros cinco actos sagrados que la Iglesia romana cuenta como Sacramentos, confirmacion, arrepentimiento ó absolucion, extrema-uncion, consagracion del sacerdote y matrimonio, solo mencionamos brevemente la extrema-uncion, para probar que aquel pasaje de la Sagrada Escritura en que debe fundarse ella, habla de cosas enteramente diferentes. Aquí está:

Santiago, v, 14, 16. ¿Enferma alguno entre vosotros? Llame á los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oracion de la fé salvará al enfermo y le aliviará el Señor; y si estuviere en pecados, le serán perdonados. Confesad, pues, vuestros pecados los unos por los otros, para que seais salvos; porque vale mucho la oracion perseverante del justo.

De una perfeccion de la gracia, del arrepentimiento y de la entera vida cristiana, lo cual la Iglesia romana entiende por la extrema-uncion, este pasaje no habla absolutamente nada, y ménos aún de que sea aplicado sólo á tales enfermos que han perdido ya toda esperanza del mejoramiento, para darles el último viático para el otro mundo. Esta extrema-uncion es la *última accion* que la Iglesia hace con los suyos. Despues los entrega á la gracia de Jesucristo. Esto oyó una vez un hombre moribundo, el que entonces asustado gritó al sacerdote: «¿Qué? ¿Vd. no puede llevarme más lejos que hasta la tumba? Hasta aquí podia yo venir por mí solo. ¿Ahora, cuando se trata de lo más importante, la Iglesia rehusa su ayuda y me enseña á Jesús? Si yo hubiera sabido esto antes, hubiera podido ir á Él directamente.» Gracias á Dios él recobró su salud; dejó al sacerdote, fué á Jesús, buscó y halló con Él plena gracia y el consuelo del perdon de los pecados por la fé en Él.

*Observacion.* La extrema-uncion en la forma presente no ha sido admitida ni se ha hecho general en la Iglesia antes del siglo XII.

(Se continuará.)

EL COSMORAMA.

En un pueblo, y es añejo  
Este cuento por mí fana,  
Con un viejo cosmorama  
Entró un hombrecillo viejo.

Sentó en la plaza su real,  
É hizo tocar un tambor,  
Con lo que armó un estridor  
Un poco más que infernal.

Corrió el vecindario en masa  
A ver el tal cosmorama,  
No hubo criada ni ama  
Que no dejara su casa.

El viejo con gestos hartos  
Llamaba con voz de trueno:  
«Aquí dentro está lo bueno  
Y se enseña por dos cuartos.»

Hubo empujones de veras  
Por ver aquellas figuras;  
¡Si hasta vinieron dos curas  
A mirar como cualquiera!

Concluido el pueblo de ver,  
Y el hombre, de henchir su ducha,  
Vióse allá, con priesa mucha,  
Avanzar á una mujer.

Un niño en brazos traía  
El que al cristal colocó;  
El niño palmoteó  
Y la madre se reía.

Cuando en su afán por demás  
De ver, que al niño agitaba,  
El cuadro aquel se ocultaba,  
El niño gritaba: «más.»

Y en su inocente locura  
Al ver un cuadro detrás  
De otro, gritaba: «más, más,  
Me gusta tanta figura.»

Pero al fin no fué posible  
Satisfacer ya su antojo,  
Y el niño con fuerte enojo  
Lloró lo que no es decible.

La madre arrastró detrás  
De sí al niño, que gritaba  
Al ver que se le llevaba,  
«Quiero ver más, madre, más.»

Cual de este niño el afán  
La vida del hombre pasa;  
No tienen sus ansias tasa  
Ni sabe él mismo á dó van.

Cuando su placer acaba,  
Un nuevo placer ansía,  
Que aun en el alma más fría  
Hay siempre un volcan de lava.

Y siempre está consiguiendo,  
Y siempre está deseando,  
Y á veces está llorando  
Lo que estuvo ayer riendo.

No acaba su afán jamás;  
Cuando una ilusion concluye  
Y él mismo la vé que huye,  
Suele decir: «Más, aún más.»

Y en medio de estos vaivenes  
La muerte suele venir  
Con paso cauto, y decir:  
«Ya se acabaron tus bienes.»

Hasta allí llegó el placer,  
Luego empezará el rigor;  
Si sabe Dios ser amor,  
Justicia sabe Dios ser.

A. SANCHEZ DEL REAL.

DEL AMOR DEL PRÓGIMO.

Amarás á tu prógimo como á tí mismo, dice el Señor. Es tan anexo el amor honesto del prógimo al amor de Dios, que con el mismo amor que amas á Dios amas al prógimo. Gran cuidado tuvo Dios de que amásemos al prógimo, pues juntó el mandamiento del amor del prógimo con el mandamiento de su amor. En lo cual también considera que los mandamientos de su divino amor no son más de tres, y en los mandamientos que pertenecen al amor del prógimo puso siete y mandó que se guardasen con tanto rigor, que sólo uno de ellos es afirmativo y los seis son negativos; para que veas



cuán fácil y suave cosa es cumplir con tan benigno Señor, y cuán trabajoso y difícil cumplir con la obligación que tenemos al prógimo. El que al prógimo ama, según sentencia del apóstol, cumplió la ley. Todo lo que mandó Dios en su ley y profetas, vá enderezado á que amemos á los prógimos, á los cuales amaba tiernamente ese mismo Señor que no hace sino amonestarnos que no le ofendamos, cuyas ofensas siente tanto que nos dice: «El que á vosotros toca, toca en las niñitas de mis ojos.» De tal manera encomienda esto, y así siente la injuria hecha al prógimo, que en el Evangelio, cuando el siervo ingrato le pidió misericordia, liberalmente lo perdonó la ofensa grande que le había hecho, y porque no quiso perdonar á su prógimo una pequeña deuda le maltrató de palabra llamándole siervo malo y le mandó castigar duramente. Nada de esto hizo en la ofensa hecha contra él, porque entienda cuanto quiere Dios que ames al prógimo; pues disimulando sus propias injurias, aunque graves, tan áasperamente castiga las ofensas hechas á los prógimos, por pequeñas que sean. «En esto conocerán que sois mis discípulos, dice el Señor, si os amáredes los unos á los otros.»

P. ESTELLA.

## LA REFORMA Y EL JESUITISMO.

La Reforma despertó dos ideas verdaderamente contradictorias en el alma de los hombres de la raza latina. Al ver aquella heregía tan monstruosamente grande que no parecía sino la condensación de todas las heregías parciales que habían ido estallando en cada siglo, dos pensamientos dividieron á los hombres de aquella época. Los más blandos de carácter, los más instruidos y los más ilustrados opinaron que debía combatírsela por medio del argumento, por medio de la discusión. Los de carácter duro, los fanáticos y los supersticiosos, lo monjes que habían pasado su vida entera con la vista fija en el suelo, con el alma llena de silencio y de muerte, frios como sus cláustros, intolerantes como su dogma, opinaron que el mejor medio de concluir con aquellos herejes que iban siendo ya tan numerosos como las estrellas del cielo, era el esterminio, la sangre y la hoguera. Al número de los primeros pertenecían Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Hernando de Talavera, Carranza y Hurtado de Mendoza, y al segundo todas las gentes de origen austriaco que rodeaban á reyes como Carlos V y Felipe II, y los frailes que tenían interés en que la doctrina católica fuese la única que imperase en el mundo.

Lo cierto es que los tiempos iban presentándose malos para el catolicismo. Luis Vives escribiendo á Erasmo, decía: «Corremos tiempos muy difíciles, tiempos en los que no se puede hablar ni callar sin peligro.» Para combatir el protestantismo, Ignacio de Loyola, caballero español, hombre que había tenido una vida harto mundana, arrepentido después según cuentan los historiadores católicos, fundó la *Compañía de Jesús*. Históricamente hablando, y bajo el criterio católico, no puede negarse que el fin del arrepentido caballero era trascendental; ilustrar al clero, estúpido é ignorante hasta lo infinito; hacer penetrar en todas las capas sociales frailes que lo viesan todo, que lo indagasen todo; dedicar á cada hombre según su especial talento á una obra determinada, á unos al púlpito, á otros al confesonario, á estos al cláustro, á aquellos á las cortes de los príncipes, era pensamiento de una inteligencia no vulgar y comun. La idea capital del cenobitismo de la Edad Media había sido el consagrar á los hombres á la maceración y á la penitencia. El jesuitismo trajo una idea más amplia; hizo entrar todos los estudios del renacimiento en la esfera religiosa, y á frailes perdidos antes en un ascetismo brutal é innecesario, les hizo aprender latín, griego, hebreo, retórica y hasta bellas artes. La mejor

prueba del principio de la decadencia del Pontificado, fué el nacimiento de este instituto. Cuando los Papas en la Edad Media eran fuertes y poderosos, ellos por sí mismos imponían su voluntad á los reyes y á los pueblos, y no necesitaban legiones organizadas de sacerdotes que los sostuviesen y los ayudasen. Pero el pensamiento de Ignacio de Loyola tenía el defecto de poner á sus frailes en medio de todas las corrupciones de la vida. A más de esto el pensamiento meramente utilitario de trabajar todos en beneficio siempre de la Compañía había de hacerles caer en tremendos abusos; su moral se hizo demasiado laxa; sus principios demasiado mundanos. Ellos fueron los creadores de aquella frase; «el fin justifica los medios.» Nacieron para defender al Pontificado; pero bien pronto se olvidaron de esta misión y no pensaron más que en sí mismos. Incautarse de los bienes de los moribundos; procurar que los ricos, seducidos por ellos, les hiciesen grandes donaciones; meterse en los palacios, influir en los ánimos de los reyes en favor de lo que les convenía; soliviantar á veces á los pueblos contra sus monarcas y poner en las manos de los asesinos el puñal que acabara con su vida: esta fué su misión, este fué su objeto, estos fueron los esfuerzos que hicieron durante largos años.

Y en definitiva, ¿contra quién peleaban? Peleaban contra Dios. La Reforma en lo religioso era un momento histórico tan supremo como la revolución francesa en lo político. Era el despertamiento del letargo, era una sacudida tremenda que Dios daba á la conciencia humana. Los jesuitas eran hábiles, eran seductores, eran amables; sabían introducirse en todas partes; verdaderos camaleones religiosos sabían tomar todas las formas y adaptarse á todos los gustos; pero peleaban contra una cosa mil veces superior á ellos, la verdad divina, y sus intentos fracasaron. Desde aquel día no fueron más que los acólitos del Papado; una cohorte de hombres negros que siguieron día tras día, hora tras hora, la decadencia del Pontificado y que le engañaron haciéndole creer que aquella decadencia era una exaltación. Hoy para terminar su misión están rodeados á Pío IX y le consumen y le asfixian. De cierto, de cierto, el caballero español Ignacio de Loyola no creyó que la Compañía de Jesús que él fundó para defender el Pontificado, estaba llamada á enterrarle. ¡Designios de Dios!

## NICODEMO.

El fin de la muerte de Cristo es anonadar el pecado, á fin de que todo aquel que en Él crea no perezca sino que tenga vida eterna. La consecuencia del pecado es la muerte eterna. Habiendo sido borrado el pecado por la muerte expiatoria de Jesucristo, la consecuencia de este pecado ha desaparecido también, porque quien quita la causa quita el efecto. Pero para que esta muerte expiatoria de Jesús sea de utilidad para nuestras almas y las liberte de la eterna muerte, es preciso que nos apliquemos esa sangre de Jesús, lo cual podemos hacer creyendo en Él sinceramente y obrando conforme á sus preceptos. Hay una diferencia entre la contemplación de la serpiente, cuyos beneficios se limitaban solo á los israelitas que la miraban, y la contemplación de Jesús cuyos beneficios alcanzan á la humanidad entera. ¿Y cuál es la causa de la virtud de la muerte de Cristo? La causa es el amor de Dios. San Juan lo ha dicho: «Nosotros no pensábamos en amarle cuando Él nos amó el primero» y nos amó para reconciliarnos con su Padre y darnos la vida eterna. Así, pues, la causa primera de la salvación del linaje humano, ha sido el amor de Dios. Quesnel lo ha dicho: «En el corazón de Dios es preciso buscar la razón de su misericordia y la causa de nuestra salvación.» Y esta intensidad de su amor ha sido tal, que no ha encontrado en sí otro medio más grande de manifestárnosle que dándonos su propio Hijo.

Si la causa de la salvación es el amor de Dios, el objeto de este amor abraza al mundo, á la humanidad entera. La verdad es, que en la tierra no hay nada digno del favor ni de la gracia de Dios, pero esto mismo es una prueba de la intensidad de su amor, porque no habiendo en el mundo nada digno de Él, Él sin embargo se muestra propicio al mundo todo, cuando sin escepcion alguna Él quiere que vengan todos los hombres á la fé de su Hijo Jesucristo. Dios ha querido que todos se salven: ahora bien, ¿podrán salvarse los que rechacen el don de Dios? No seguramente. Dios nos ha dejado la libertad de rechazar su gracia, Dios nos ha dejado la libertad de hacer inútiles sus designios con respecto á nosotros. El amor de Dios es eficaz tan solo para aquellos que se apoderan, por decirlo así, de Jesucristo, por medio de la fé. Quesnel lo ha dicho también: «El primero de los dones de Dios es su amor; el primer don de su amor hecho al pecador, es su Hijo; el primer don de su Hijo, es la fé, y la fé es el germen de todas las otras gracias, el principio de la vida del hombre nuevo, la llave que cierra el infierno y abre el cielo.» En la salvación hay, pues, dos partes: la parte de Dios y la parte del hombre, el don de Dios y la aceptación de este don por el hombre. De manera que puede decirse que Dios ha dado á cada uno de los hombres una llave para abrirse las puertas del cielo. Si entretenidos con las cosas de la tierra, si arrastrados por las pasiones del mundo no nos acordamos de abrir esa puerta, estamos irremisiblemente perdidos. El pastor Vinet ha dicho: «No me salvaré yo por mí mismo de ningún modo, pero tampoco me salvaré si yo no quiero salvarme.»

La fé hace un papel importantísimo en la vida del cristiano. Jesús dice á Nicodemo: «Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, si no para que el mundo se salve por Él.» Estas palabras del Maestro hacen ver claro que su obra es de salvación y no de condenación. Viene á enseñar á los hombres el camino por donde han de salvarse; culpa es, pues, de ellos si no lo logran. Jesús ha venido á separar el bien del mal, la luz de las tinieblas; ha venido á promover una verdadera crisis, sacando á la humanidad del estado de incertidumbre en que se encontraba. Ha dividido, pues, á los hombres en dos clases diferentes; la de aquellos que siguen la senda que Él ha trazado, y la de los que no la siguen; y habiendo Jesús por otra parte derramado bastante luz para que cada hombre supiera lo que debía hacer con respecto á su alma, desde este instante puede decirse que cada hombre se juzga á sí mismo y se salva ó se condena según siga al Mesías ó le abandone. En este sentido puede decirse que el Mesías ha juzgado al mundo. Si el Salvador hubiera venido para juzgar á la tierra en la plena acepción de esta palabra, hubiera condenado el pecado solamente. De las dos clases de hombres que hay, creyentes é incredulos, estos últimos, si bien no están sufriendo el castigo que su incredulidad merece, están condenados ya por Dios en idea, en espíritu; mejor dicho, ellos mismos se han condenado rechazando al Hijo único de Dios. La incredulidad se encarga de firmar su propia sentencia. Sucédele al incrédulo lo que al criminal endurecido cuya vida ha sido una larga serie de crímenes. Cuando el juez los aprecia bien y los estudia, le condena á una pena mayor ó menor según los crímenes que ha cometido, pero puede decirse que virtualmente aquel hombre estaba condenado en el mero hecho de cometer aquellos crímenes. Lutero lo ha dicho con su estilo peculiar. «El que no cree, puede asegurarse que ya está en el infierno.» ¿Y por qué está condenado? Porque la luz ha venido al mundo y aquel hombre ha amado más las tinieblas que la luz. Quesnel ha dicho: «El pecado capital irremisible es no creer y privarse del único medio de salvación. El hombre no se pierde por haber pecado, sino por obstinarse neciamente en su culpa y no querer borrarla con el remedio ofrecido para ello. Esta es su gran falta.»



## LAS IGLESIAS ESPAÑOLAS.

En un principio, cuando la libertad religiosa abrió al Evangelio las puertas de nuestro país, turbadas numerosas de gente entraban en nuestras iglesias, escuchaban, retirábanse luego y volvían ó no volvían, según la impresión que la palabra y el culto habían hecho en ellos. La curiosidad era grande. Poco conocedoras las gentes de las formas externas del culto evangélico, precipitábanse á las capillas, no para buscar la vida y la salvación, sino para ver las ceremonias, para conocer las fórmulas del protestantismo. Duró largo tiempo este período crítico; los que tenían que ver eran muchos. En un principio, muchos poseídos del primer entusiasmo de toda idea, apuntábanse en los registros de las capillas, protestaban de su fé, hacían alarde de los sacrificios que harían, si necesario fuese, y todo con confianza, calor, admiración.

Pero todo aquello empezó á desaparecer á la vuelta de los dos primeros años. Todos los que iban á ver, habiendo visto ya, dejaron de concurrir á los cultos. Otros viendo que el protestantismo no traía aquellas minas de oro que se le suponía y que las guineas inglesas no eran más que un sueño ilusorio, desaparecieron para siempre de entre el número de los que se habían afiliado al Evangelio. Quedaron los probados, los consecuentes, los atraídos por la idea, los ganados por el conocimiento, los rescatados de Jesús nada más. El campo se deslindó. Los obreros mercenarios se fueron, los discípulos del Mesías quedaron.

Desde este día ya no se vieron atestadas las capillas de inmensas muchedumbres. Los curiosos se habían ido y no quedaron más que los fieles. El trabajo desde entonces quedó reducido á menores proporciones, pero empezó á ser más útil. Se pudo hablar con cada uno de los que venían; conocer á fondo sus pensamientos y sus intenciones, y se vio con placer por muchos que la gracia de Dios hacía progresos en muchos corazones. Se hizo un trabajo más seguro, más detenido; no se predicó á tantos la Palabra, pero aquellos á quienes se predicó, la aceptaron con júbilo y regocijo. Esta es la situación de las iglesias españolas hoy: el primer período de entusiasmo ha pasado; estamos en el de conservación. ¡Quiera Dios que vayamos lentamente, si se quiere, pero con seguridad, ganando hoy una alma, mañana otra, hasta poder decir: «España nos pertenece, porque España toda es cristiana evangélica.»

## LA FAMILIA CRISTIANA.

### II.

Sintióse movida á compasión la mujer cuya conversión se celebraba aquel día. Conocía también por experiencia propia todas las amarguras de la pobreza, y adivinaba cuánto debía haber sufrido aquel pobre hombre. Lo que más la entristecía, sin embargo, era el estado de aquella alma. Cuando uno ha salido de una inmunda cloaca, se siente compasión profunda hacia todos los que caen en ella. La mujer empezó á consolarle y á fortalecerle.

—No temais, le dijo, estais en el buen camino, sentís lo que habeis hecho. Habeis ofendido mucho á Dios, pero empezais á reconocer vuestro delito y vuestra miseria. ¿Sabeis lo que teneis que hacer para salir de ese estado?

El viejo la miraba estupefacto. No entendía bien lo que ella le decía.

Ella insistió:

—¿Sabeis lo que teneis que hacer para reconciliarse con Dios?

El mendigo movió lentamente la cabeza.

—No sé, contestó, pero creo que será bastante el arrepentirme y rezar sendos Padre-nuestros.

Movió ella á su vez la cabeza.

—No, dijo, eso no sirve. Hay algo que hacer menos que eso y hay que hacer á la vez algo más. Las oraciones de los labios valen poco, nada casi; los movimientos del corazón, esos sí los quiere Dios. Podreis estar todo un día rezando y ser muy malo; á los fariseos les sucedía eso; pero si hay un momento en que vuestro corazón se levanta verdaderamente á Dios, ya es más difícil que hagais el mal. ¿Sabeis quién es Jesucristo?

El mendigo contestó:

—Sí, lo sé.

—Decidme, pues, entonces quién es, pues que lo sabeis.

El otro empezó á dar vueltas al sombrero murmurando que tenía en la mano.

Empezó á balbucear:

—Jesucristo... es... una persona... creo que también es Dios...

Y después de una pausa añadió:

—Pero lo que sé de seguro es, que cuando me he visto en algún gran aprieto, y he acudido á Nuestra Señora de los Desamparados, ella me ha sacado bien de aquel trance.

Sonrió ella con dulzura inefable.

A todo esto, los dos esposos escuchaban extasiados aquella conversación, y bendecían á Dios que había operado maravillas tan grandes en el corazón de aquella mujer.

Era ya tarde. Las sombras de la noche empezaban á ennegrecer el éter que estaba muy azul. Las primeras estrellas salían. La brisa de la noche les acariciaba blandamente.

—Vamos andando, dijo la mujer á los dos esposos. Luego se volvió al mendigo y añadió:

—Venid vos también.

El mendigo se sorprendió un poco, pero al cabo echó á andar detrás de la mujer, que se había convertido en apóstol.

Ella le fué explicando por el camino todo lo que sabía de la doctrina evangélica. Le dijo que Jesucristo era el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, y que el que en Él creía, no se perdía para siempre sino que tenía asegurada la vida eterna; que el que no creía con fé absoluta en Jesús, no podía esperar la eterna bienaventuranza; que la caridad era la mejor hija de la fé; el amor del prójimo, la consecuencia del amor de Dios, y que las buenas obras todas eran el natural fruto de un corazón regenerado y limpio.

Muchas veces tuvo que suspender ella su relación. El viejo, sacándole de sus vírgenes y de sus santos, no entendía á veces lo que aquella mujer apóstol le explicaba, y ella tenía que volver á insistir sobre lo mismo ampliándole y aclarándole. Por fin llegaron todos á la casa donde vivían los dos esposos y aquella mujer. Ellos dieron al mendigo una limosna y se subieron á su habitación. Ella se quedó un rato todavía hablando con el mendigo. Decididamente su caridad era más enérgica que la del joven matrimonio; era ardiente y viva como la deseaba el apóstol.

La mujer tuvo un rapto de amor cristiano de esos que no olvidan nunca los que los reciben, y preguntó de repente á aquella pobre víctima de la suerte y de los errores de los hombres:

—¿Dónde vais á dormir esta noche?

El anciano se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué se yo!

—¿Pero no teneis ni un mal asilo donde recogeros?

—Desde que nací me viene sucediendo lo propio.

Movió la mujer la cabeza y exclamó con dolor profundo:

—El mundo está mal arreglado, muy mal. Subid conmigo y os daré hogar, lecho, y pan.

El otro no acertaba á creer lo que oía. Se quedó mirando á la mujer de hito en hito, como aquel que teme que se burlen de él.

—Haceis mal, dijo, si os burlais de un pobre viejo que nada tiene el mundo.

—Vamos, subid, le objetó ella con dulzura.

Echó la mujer á andar y el viejo la siguió. Jamás le había sucedido cosa semejante; estaba tan

aturdido que tropezaba en cada escalón, con grave riesgo de romperse las narices.

Ella que comprendía aquella turbación, le decía:

—¡Cuidado, cuidado!

Llegaron al cabo á la habitación de la pobre mujer; era una boardilla limpia y aseada, pero pequeña y pobrísima de todas veras.

Sobre una mesa de pintado pino, como dice el poeta, había un libro muy voluminoso.

Picó al hombre la curiosidad de saber qué libro era aquel, y así se lo preguntó á la mujer.

—Ese libro es la Biblia, le contestó ella.

—¿Y qué es la Biblia? preguntó él.

—La Palabra revelada de Dios.

—¿Con que Dios ha hablado al hombre?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Si le ha hablado! Escuchad lo que ha dicho con respecto á vos.

Cogió ella el libro, buscó en él durante algunos segundos, y le abrió hacia el capítulo diez y seis del evangelista Lucas. Empezó á leer; leía mal, pero se la entendía.

«Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía convites espléndidos.

Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía á la puerta del rico, lleno de llagas.

Deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba; mas venían los perros, y le lamían las llagas.

Y aconteció, que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fué sepultado en el infierno.

Y alzando los ojos, cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno.

Y él, levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí, y envía á Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en agua, para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama.

Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pues ahora es él aquí consolado, y tu atormentado.

Fuera de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de ahí pasar acá.

Y dijo: Pues te ruego, padre que le envíes á casa de mi padre.

Porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también á este lugar de tormentos.

Y Abraham le dijo: Tienen á Moisés y los profetas; oiganlos.

Mas el dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia.

Y Abraham le dijo: Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitare.»

Cuando ella terminó la lectura de la parábola, cerró el libro y fijó los ojos en el viejo para ver el efecto que aquella lectura había producido en él.

El hombre tenía la vista clavada en el suelo. Conocióse que batallaban en su pensamiento mil ideas y mil encontrados afectos en su corazón.

De pronto levantó la cabeza y dijo en medio de un estremecimiento nervioso.

—¡Ojalá fuera yo el mendigo Lázaro!

La mujer parecía que esperaba esto. Levantó los ojos al cielo y prorumpió en este discurso que copiamos, tan lleno de sencillez como de ternura.

Las gentes indóctas también tienen su elocuencia.

## LA IRA.

Ira es desordenado apetito de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Las hijas de esta serpiente son: injurias, riñas, clamores, indignaciones, blasfemias... Cuando este furioso vicio tentare tu corazón, considera que el apetito de venganza es propio de las fieras; y por consiguiente



que si te dejas llevar de la ira, que bastardeas y tuerces mucho de la natural generosidad y nobleza humana imitando la brutal. De un leon escribe Eliano que habiendo recibido una lanzada en una monteria, al cabo de un año, pasando por allí el que le habia herido en compañía del rey Juba y de mucha gente, el leon le reconoció y rompiendo por toda la gente, sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido y hacerlo pedazos. De estos son imitadores los hombres vengativos, los cuales pudiendo amansar la ira con la razon y discrecion de hombres, quieren más seguir el ímpetu y furor de bestias, como preciándose de la parte más vil que tienen comun con ella, más que de la que tienen con los ángeles.

## Á UN SUPERSTICIOSO.

¿Por qué consultas, dime,  
Con las estrellas, Fabio,  
Y vas en sus mansiones  
Tu horóscopo buscando?  
¿Son ellas por ventura  
A quienes fué encargado  
Dar principio á tus días  
Ó término á tus años?  
Las vidas de los hombres  
No penden de los astros,  
Que en el Olimpo tienen  
Moderador más alto.  
Aquel gran Ser que supo  
Con poderosa mano  
Los orbes cristalinos  
Sacar del hondo caos;  
Que enciende el sol, y guía  
Su luminoso carro,  
Que mueve entre las nubes  
De estruendo y furia armado  
Su coche, y forma el trueno  
Que vibra el fuerte rayo,  
Refrena el viento indócil  
Y aplaca el mar turbado;  
Aquel es de tu vida  
El dueño soberano,  
Y él solo en sí contiene  
La suma de tus años.  
Implórale, y no fies  
Tu dicha en los arcanos  
Del tiempo, ni al incierto  
Compás del astrolabio.  
Implórale, y no alces  
Tus ojos al Zodíaco,  
Que á sus constelaciones  
Del hombre no ligaron  
Las dichas, ni el contento  
Con ciega ley los hados.  
Implórale, y ahora  
Escrito este el amargo  
Momento de tu muerte  
Sobre el fogoso Tauro;  
Ora por las pléyadas  
No visto, de Acuario.  
Guardado este en la urna,  
Respeto de su brazo  
La fuerza omnipotente  
Y adórala postrado:  
Que no de los planetas  
Ni los volubles astros  
Pendiente está tu vida,  
Mas solo de tu brazo.

JOVELLANOS.

## LOS BEGUINOS.

En todo los órdenes de ideas, la exaltacion y el entusiasmo han producido siempre notable cantidad de errores y aberraciones. Y si esto ha sucedido en las ideas humanas, ha sucedido mucho más

en las ideas religiosas. La exclusiva preocupacion de ellas ha exaltado los espíritus y ha cegado las inteligencias, de tal suerte, que las costumbres más estrañas y los abusos más extraordinarios han parecido cosa corriente y lícita cuando nacian al calor de la exaltacion de un sentimiento religioso.

Los beguinos, llamados tambien *hermanos del cielo* ó *hermanos de la Providencia*, fueron unos sectarios que aparecieron en Italia en los tiempos de Alberto I y cuando era Papa Benedicto XI, es decir, hácia los años 1304. A su aparicion nadie hizo caso de sus doctrinas; pero bien pronto empezaron á ser seguidas por varias personas, tanto seglares como eclesiásticas. Fijaron en ello su atencion los Papas y empezaron á perseguirlos, único medio de convertir que sabian los romanos Pontífices. Y tanto y tanto hicieron estos; y tanto y tanto les persiguieron, que al cabo de algunos siglos lograron su exterminio completo. La resistencia de los beguinos á dejar su secta fué grande; pero el hierro y el fuego concluyeron con ella y con ellos.

Sostenian estos sectarios que seguian la regla de los mínimos de San Francisco; aparentaban ser religiosos de aquella orden y vivian como aquellos frailes en comunidad. Esto era para el mundo; pero en el interior de sus casas seguian sus propios estatutos. Vestian un hábito negro de lana tosca y fuerte; unos llevaban manto y otros no. Era general costumbre de ellos llevar la capucha alzada, lo que hacia que apenas se les viera el rostro. Dice un historiador que estaban siempre pálidos y macilentos; pero la verdad del caso es que estaban gordos y rollizos, pues comian y bebian con toda esplendidez. La fórmula que usaban para saludarse unos á otros, era esta: «Bendito sea el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.»

Tenian una manera singular de ponerse á orar. Cuando nadie habia en la iglesia y de consiguiente nadie les veia, sentábanse en el suelo volviendo el rostro hacia la pared, y en esta actitud leian su breviario. Solian tener en su clausura gran número de mujeres. Las más de ellas pertenecian á clases elevadas. Ellas cantaban en compañía de aquellos monjes singulares los oficios divinos. Terminada á eso de las dos de la noche la ceremonia de los *laudes*, el prior hacia á unos y á otras una breve plática en la que les manifestaba la necesidad de vivir matrimonialmente unidos hombres y mujeres. Concluida esta, rezábase una breve oracion y se retiraban todos á sus celdas.

Lo raro del caso era cuando alguna de las hermanas tenia descendencia. Reuniase la comunidad en la sala de *profundis*, hacian corro los ordenados y el recién nacido era entregado á uno de ellos. Dábale este al inmediato, aquel al que tenia al lado y así sucesivamente; y tanto se pasaba y se repasaba al niño de mano en mano que al fin moria. Aquel en cuyos brazos quedaba muerto era nombrado Sumo Pontífice.

Las mujeres tenian un gran ascendiente sobre ellos. Cuando uno de aquellos religiosos, si tal nombre podia dárseles, cometia algun delito, bastaba con que una de aquellas mujeres intercediese por él. Hecha esta intercesion, el culpable no era condenado, ó si lo era, lo era á una pena muy lijera. Las mujeres no usaban en el claustro más trage que el que tenian en el mundo; su solo distintivo era una cruz negra en el pecho.

Cuando una de ellas moria, reuníanse todas las de la comunidad alrededor de su cama; cantábanla el *de profundis* y entre cuatro la llevaban al cementerio del convento que estaba en uno de los patios de este. Poníanla en tierra y entonces aparecian los religiosos. Colocabáanse alrededor del cadáver mezclándose entre las hermanas; rezábanla todos tres respondos y á continuacion el prior hacia una corta plática en la que encomiaba á la religiosa muerta y exhortaba á las demás á que contemplando aquellas cenizas pensasen en el juicio futuro donde habian de comparecer á dar cuenta de sus buenas ó malas acciones. Cubríase en seguida el ataúd con tierra y todos se retiraban á sus celdas en medio del recogimiento más profundo, y de ellas

no salian por espacio de seis dias ni siquiera para ir á sus oraciones y prácticas religiosas diarias.

De estas gentes extraviadas en errores gentílicos y absurdos, puede decirse que no conocieron á Jesucristo.

## LA VIDA ETERNA.

TERCER DISCURSO.

Pensamientos de la humanidad.

(Continuacion.)

Los tristes pensamientos que acabo de exponer ante vosotros, no lo son ciertamente para los trescientos millones de budhistas que hay en el mundo. La idea de una futura retribucion forma, sin duda alguna, el lado popular de la doctrina; el budhismo conserva la idea brahmánica de la trasmigracion de las almas, recompensadas ó castigadas segun su destino, por sus méritos ó culpas, en la gerarquía del universo. Pero el deseo del hombre instruido es la doctrina de Budha, es el que este mismo expresara al rey su padre, y que es el punto de partida de toda su obra y la clave de su teoría; esto es, librarse de la trasmigracion, del movimiento, de la vida. Hay un porvenir más allá de los límites estrechos de la vida presente; el hombre vulgar puede detenerse allí; pero la existencia individual, relativamente feliz, es todavía un sufrimiento; la libertad de todo mal no se alcanza más que por la cesacion de la vida personal. Este el fondo de toda la doctrina.

La religion de Budha invadió la China, siendo la religion del pueblo, mientras que los sábios siguen la de Confucio. Este era un filósofo al que se rinden los homenajes del culto; hombre instruido, pero de una instruccion puramente humana, apartó el espíritu de sus discípulos de toda idea de porvenir, queriendo reformar la sociedad sin buscar un punto de apoyo fuera de la tierra. «Por poco que se haga, dice un autor contemporáneo que ha hecho un estudio especial de las doctrinas orientales, seria muy difícil, despues de un detenido exámen de sus textos, apartar de ellos el dogma de una vida futura.» (1)

Los literatos sectarios de Confucio, bien lo veis, no tienen una esperanza mejor que la de los brahmanes y budhistas. Se afirma que Confucio habia alterado la doctrina de que pretendia ser reformador; que separó de los libros sagrados, de los que hizo una edicion nueva, los dogmas que encerraban el texto primitivo de estos libros. Pero yo os pregunto: ¿es posible suponer que un hombre, un sábio, cualquiera que su autoridad sea, pueda por sí solo destruir de un símbolo religioso la esperanza de una vida feliz más allá de la tumba? Pero hé aquí por otra parte un argumento incontestable. Las siguientes palabras léense en un contemporáneo de Confucio á quien se cita en esta cuestion, por haber sido el que conservara los dogmas que alteró aquel:

«Hallándose Mou-cho, en el reino de Tein, fué á buscarlo Tan para preguntarle lo siguiente: Los hombres de la antigüedad tenian un proverbio que decia: *se muere, pero no perecemos completamente*. ¿Cuál es el sentido de este proverbio? No habiéndole respondido Mou-cho, instó Tan otra vez diciéndole: En otro tiempo, los antepasados de Khaí precedieron los tiempos de Chun, y fueron de la familia de Yao... ¿No es, pues, la perpetuidad de las familias lo que el proverbio indica?—Mou-cho respondió: Lo que sobre esto yo he oído, difiere totalmente de lo que llamais la perpetuidad mundana de las familias. En el reino de Lou habia antiguamente un ministro de Estado que decia: Estando Thsang á punto de morir, decíase de él que viviria siempre; lo que queria decir, que sus buenas

(1) Diccionario de las Ciencias filosóficas: artículo Confucio.



«instrucciones serian transmitidas á los siglos venideros. ¿No es esta la explicacion del proverbio?» Yo así lo he comprendido. Los santos tienen virtudes que subsisten indefinidamente; los sábios tienen méritos que tambien subsisten indefinidamente. Los que vienen despues, tienen igualmente palabras que se transmiten á otras generaciones. Aunque de estas tres órdenes de sábios no haya más que un cierto número de ellos, se dice de los tales que no perecen por completo; hé aquí lo que significa la frase *no perecer completamente*. (1)

Lo que subsiste del sábio son sus útiles consejos ó sus buenas obras. El autor de la traduccion que acabo de citar, afirma que nada hay en el libro que suponga una vida futura; ni aun enunciada simplemente como mera hipótesis, se halla la idea de que el individuo pueda poseer el principio de una existencia mortal. Nada sobrevive al hombre sino sus obras que trasmite á la humanidad. ¿Queréis entender mejor esta idea? «Afirmamos que el que siga el bien será verdaderamente sábio é inmortal, porque sus obras vivirán en el triunfo definitivo de la justicia; pero el malo, por frivolidad ó inercia morirá completamente en este sentido, pues no dejará ni una piedra que poner en la obra general de los trabajos de sus semejantes. Sólo las obras del hombre de génio ú honrado pueden librarse de la caducidad universal, porque ellas sólo van formando cantidades en la suma total de cosas adquiridas, y sus frutos engrandecen, aun cuando la humanidad ingrata las olvide. Nada se pierde.» (2)

Estas palabras son de un hombre de mucho talento, uno de los adversarios más inteligentes de la doctrina cristiana, Ernesto Renan. Además, él nos presenta su teoría sobre la inmortalidad como una doctrina nueva y aun cuando yo no la condeno por vieja, si bien la encontramos dos mil trescientos años há, sólo ruego que no se tome como un producto del espíritu moderno ó como una última novedad del espíritu humano.

En el pensamiento filosófico que se descubre al través de las religiones, en el Oriente, la existencia es un mal, del que es preciso librarse. Este triste espectáculo, la aspiracion hácia la nada, sin duda alguna no es la creencia popular, y aunque lo hemos dicho del budhismo solamente, lo repetiremos de una manera más general. Los pueblos del Asia tienen religiones muy ricas en alegorías, en leyendas donde domina la idea de la vida; si como nosotros tienen su materialismo, su principal tendencia es hacer de la materia una apariencia y del cuerpo una ilusion. El breve espacio que separa su cuna del sepulcro está muy lejos de serles suficientes; su imaginacion se empeña en los límites indefinidos de un mundo divino; y bajo este aspecto entran en la ley comun, rindiendo testimonio de esa aspiracion hácia la vida, hácia la vida sin término, que es el voto y el grito perenne de la naturaleza humana; pero la oculta significacion de sus símbolos, el sentido profundo de sus libros sagrados, en una palabra, la filosofía de su religion, es la idea de que la vida personal es un fenómeno pasajero y malo; es la negacion terminante de la eternidad bienaventurada.

Yo no quiero confundir lo que es distinto en sí mismo, ni identificar con las doctrinas que establecen el aniquilamiento, la absorcion en el principio universal enseñado por el panteísmo; pero esta distincion, importante en la metafísica, desaparece en el terreno religioso. El panteísmo, negando un valor durable á la conciencia, suprime la base del orden espiritual; por otra parte, nadie afirma que el panteísmo sea el carácter predominante de las religiones asiáticas y que estas religiones no conduzcan á negar la vida permanente, la vida eterna de las criaturas. Oid sobre este propósito lo que dice un miembro del Instituto de Francia: «La vida no es más que un tejido de dolores y miserias; la salvacion consiste en no volver jamás á ella. Tal es en el mundo de la India, cualquiera

que sea el punto de vista bajo el cual se la considere, ó la época que se estudie, la creencia deplorable que sostienen, lo mismo los budhistas que los brahmanes de todas las escuelas, de todas las sectas, tiempos y lugares.»—(1) Ni los unos ni los otros, ni tampoco los sábios de la China, han sabido conservar la esperanza de la inmortalidad. El ejemplo de nuestras miserias les hace decir que es preferible un sueño profundo al día más hermoso de nuestra existencia, y que despues de todo la muerte es muy dulce. Evaporarse, dormirse, perder el sentimiento de sus males al perder la conciencia de sí mismo, esto es su más risueña esperanza; la sabiduría oriental parece una lucha desesperada del pensamiento contra la vida, un esfuerzo continuado de la razon para extinguir toda esperanza en el corazón humano.

¿Conoceis esos días pesados que se nos antojan interminables, no por el día de mañana que aguardamos impacientes, sino porque tenemos ganas de que concluyan? ¿Conoceis esas largas noches de insomnio en que fatigado el pensamiento es un fardo la existencia, y anhelamos el sueño como á una divinidad bienhechora? Pues así parece que es la vida para esos pueblos del Asia; y cuando alcanzamos su realidad desgarradora, las elegias más tristes parecen de color de rosa al describirlos.

Señores, meditando ayer sobre lo que habia de deciros hoy, recordaba á un hombre que hace muchos años ocupaba esta misma tribuna, y que ya ha muerto. Algunos de vosotros no habreis olvidado todavía al misionero Lacroix, hijo de Neufchatel, que llegó á Ginebra en 1842, y cuyas exhortaciones cautivaban á los que pudieron oírle en esta misma sala, muerto en Calcuta en el año de 1859: pues bien, tan profunda es la impresion que dejó en mí ese hombre, que aún creo oír los ecos de su voz rodando bajo estas bóvedas, y á medida que he ido conociendo las creencias de aquellos pueblos á los que queria ir para anunciarles el Evangelio, he comprendido mejor sus esfuerzos y ardiente celo; su apasionada elocuencia con la que interesaba nuestro favor para su obra; esa obra que no era otra que llevar palabras de vida á regiones cuyos habitantes, sometidos al yugo de innumerables supersticiones, no tenían más símbolo que un gran terror á la vida y la total esperanza de la nada.

(Se continuará.)

## LA MUERTE.

¡Oh! no te pese acostumbrar tu mente y tu memoria á tu fin inevitable. La idea de la muerte sólo amedrenta al que rehuye familiarizarse con ella. No es esa armazón de descarnados huesos, ni esa desvelada y vacía calavera, ni ese esqueleto armado con esa guadaña, nada de eso es la muerte; bien sí sus naturales consecuencias. El que te propone todo eso para meditar, el que te pinta el cadáver yerto, horrible, frío y hecho ya pasto de gusanos, amedrenta tus sentidos y fantasía, mas no te dá idea verdadera de lo que es la muerte.

Morir es el romperse las ataduras de la admirable é incomprensible organizacion del cuerpo, del cual, como de cárcel disoluble, huye el alma libre... ¿A dónde? ¡Oh, cielos!... Tiembla mortal: esos huesos, esas cenizas, esa tumba, ya no te pertenecen. Pero ese ilimitado y tenebroso seno de la eternidad que presenta á tu alma dos caminos tan opuestos; esa incertidumbre terrible de errar la vía, pasando de la vida breve y mortal á la inmortal y eterna, rota la union de tu alma y cuerpo, la cual ni es dolorosa, ni perceptible, puedes sin asco y sin temor del aspecto de un objeto que te es ageno, ocupar tu imaginacion, y llamar con fuerza tus sentimientos al estudio de la virtud, desprendiendo tu corazón de los bienes inciertos y perecederos, que, como

ciertos y eternos, nos representan las deslumbradas pasiones.

MONTEGON ENCEBIO.

## NOTICIAS VARIAS.

El Papa ha nombrado 22 nuevos obispos. Buena remesa.

..

Pío IX ha ordenado que si el cura Santa Cruz se presenta en el Vaticano, no sea recibido en él.

Aplaudimos la determinacion, porque al fin y al cabo, el sitio de los bandidos y de los malhechores no es la habitacion de personas honradas, sea cualquiera la religion á que pertenezcan.

..

La Asamblea francesa ha dispuesto, por una gran mayoría de votos, que se levante en las alturas de Montmartre una iglesia dedicada al *Sagrado Corazon de Jesús*.

Eso de que toda una Asamblea se ocupe como una vulgar cofradía, en disponer que se levanten iglesias, y al *Sagrado Corazon de Jesús* sobre todo, tiene que ver más de lo que parece.

¡Pobre Francia! Unas veces en brazos de dictadores, otras en las de diputados que parecen clérigos.

..

Sentimos mucho no poder insertar en este número la carta de que hablamos en el anterior, de nuestro apreciable hermano Mr. Moore. No habiendo llegado á esta nuestro amigo el Sr. Carrasco, no le ha sido posible enterarse de ella.

..

Siguen los desórdenes en gran parte de las ciudades de España. Sevilla ha sido tomada por las tropas del Gobierno. Almería ha sido bombardeada por los insurrectos, y en una gran parte de las poblaciones de España no se oye más voz que la del cañon y más ruido que el grito de los que mueren.

¿Cuándo concluirá este estado de ruina y de desolacion?

..

Esperamos de un momento á otro á nuestro amigo el Sr. Carrasco. Sabemos que su viaje ha sido bastante azaroso, y rogamos á Dios le traiga pronto á nuestro lado.

## ADVERTENCIA.

### Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Cofredera Baja de San Pablo, núm. 27.

(1) Diccionario de las Ciencias filosóficas; artículo Confucio.

(2) Ernesto Renan, introduccion al libro de Job.

(1) Budha, por Barthelemy de Saint-Hilaire.